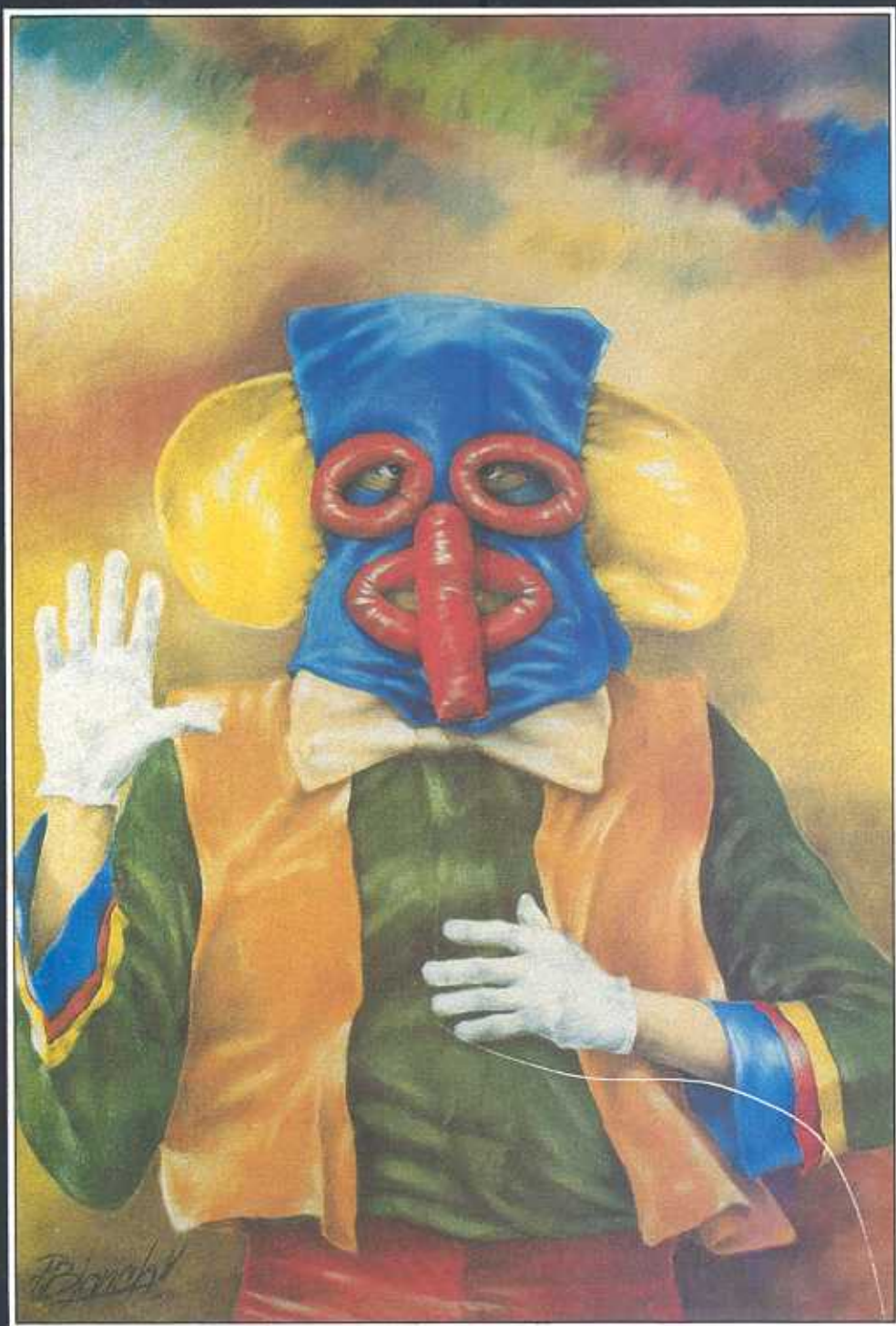


HUELLAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE



El carnaval en Barranquilla y el Caribe • El ritmo de tambora •
San Roque y San Nicolás: conflicto con Cartagena

El carnaval en las sociedades hispánicas del Caribe

Raquel Brailowsky

Traducción de Alfredo Marcos

UNA INTRODUCCION BREVE AL CARNAVAL

El carnaval es un evento total que integra todos los comportamientos festivos posibles, a menudo propuestos o reforzados por las tradiciones y explicados por un número infinito de justificaciones. Existe una literatura significativa sobre el carnaval, que es diversa por su naturaleza y sus diferencias regionales. Los estudios enfocan este evento desde diferentes perspectivas: como una válvula de escape para las tensiones sociales, o individuales; como un sistema de regresiones rituales; como un proceso de resistencia a las clases dominantes imperantes, o como un proceso de revitalización social y cultural.

El carnaval provee un tiempo y un espacio para el comportamiento gregario. Las emociones corren como ruedas locas, y la gente tiene licencia para reaccionar ritualmente casi sin restricciones contra las circunstancias prohibitivas y opresivas de la vida cotidiana (Bachtin 1968, Burke 1978, Caro Baroja 1965, Da Matta 1986).

La experiencia total se construye alrededor de fuertes y mundanales emociones que son generalmente controladas en el acontecer de la vida diaria. Durante el carnaval la gente tiene derecho a ciertas licencias de comportamiento que liberan sentimientos reprimidos.

Bachtin (1968) y Da Matta (1986) demostraron la importancia de la risa, el placer, lo grotesco y lo erótico como componentes centrales de la temática y los comportamientos del carnaval. Burke (1978) establece que un tema de gran importancia es la

agresión, la cual llega a ser institucionalizada en juegos competitivos, pero es también evidente en las formas poéticas de protesta social, en las incidencias abiertas de la exacerbación sexual, y en las hostilidades ritualizadas de clase o de grupo. Caro Baroja (1965) detalla cómo se restablece el control social a través de los otros, tales como la utilización profusa de chistes vulgares y chanzas pesadas, los cuales proyectan una aparente aunque efímera igualdad social.

La importancia y el atractivo del carnaval radica en su configuración como un evento total, en cuya unidad todo tipo de formas de expresión se llegan a evidenciar en un tiempo límite señalado. El carnaval incluye poesía, representaciones, baile, canciones, juegos, mascaradas, carrozas, escenografía, y cualquier otra actividad en la que los participantes quieran incursionar. "El carnaval debe ser visto como una representación gigantesca en la cual... la ciudad se convierte en un teatro sin paredes y sus habitantes se transforman en actores y espectadores..." (Burke 1978: 182).

La expresión del carnaval, como sea que se configure en su especificidad histórica, estriba en la idea de la inversión de los opuestos. Los participantes, aunque sólo sea por unas horas, deberán invertir sus roles y posiciones sociales a través de sus acciones, vestidos y comportamientos. Al final, la gente debe retornar sus condiciones establecidas, y conducirse en la reafirmación de la estructura social.

La cadena de eventos llamada carnaval está

comprendida en una franja de tiempo definido de antemano, más largo o más corto según sea el caso, generalmente empieza antes de la cuaresma, época de sacrificios y abstinencias. Este sentido del tiempo es fundamental. El carnaval rompe la secuencia temporal del trabajo, toda vez que determina un número de días de olvido total. Burke lo llama "el tiempo del derroche" (1978: 178).

Los carnavales que se celebran en un contexto urbano también están libres de las restricciones espaciales. Todas las actividades se llevan a cabo en las calles y en las plazas. Se trata de un acontecimiento público que no puede ser reducido a la intimidad de los hogares, al atrio de la iglesia, al centro comunal o las sedes de los clubes. Durante los días de carnaval, las calles, como lugares para el anonimato temporalmente desprovistos de leyes, proveen a los individuos de un espacio para la regresión y el desorden. Es allí (o en cualquier lugar), donde una persona puede "portarse mal" y "despillarrar el tiempo". El derroche y el mal comportamiento son, por supuesto, elementos centrales que no pueden asociarse con la familia y su buen nombre en la vida diaria (Da Matta 1986: 15-19).

EL CARNAVAL EN EL CONTEXTO DEL CARIBE HISPANICO

En lo que se refiere al carnaval del Caribe hispánico, éste ha sido estudiado en localidades específicas y respecto a sus múltiples aspectos o configuraciones. Algunos estudios particularmente interesantes son los de Ortiz (1940-46) y Pérez (1981) en Cuba; Del Castillo y García Arévalo (1987) y González (1970) en la República Dominicana, y Vidal (1983) en Puerto Rico.

Estas tres islas del Caribe hispánico tienen unas fuertes tradiciones de carnaval y de cuaresma. Estas tradiciones nunca fueron una reproducción directa de las formas españolas, si bien la emoción y la creatividad pueden compararse como se pueden comparar los procesos pertinentes a la existencia del carnaval como un evento social. El etnólogo español Julio Caro Baroja ha encontrado que el carnaval, como un evento social, ha experimentado tres cambios de magnitud. Primero, se da el desarrollo del carnaval dentro de la ideología cristiana medieval, que opone el bien y el mal en un tiempo que le ha tocado a cada uno, e integra tanto la vida pública como la personal. Este carnaval se transformó entonces por el impacto del comportamiento sectarista burgués bajo la forma de clubes sociales restringidos que secuestraron la tradicional crea-

tividad pública para conducirla hacia un espacio privado controlado. Y, finalmente, se halla la desintegración moderna del carnaval en respuesta al aparato del Estado que burocratiza los juegos y los tolera en forma de eventos nacionales, como los deportes y la política local.

Al considerar la amplia popularidad del carnaval en España, es apenas natural que los españoles reconstruyeran de la mejor forma posible esta tradición en el Nuevo Mundo. Ya en 1526, en la reciente colonia de Caparra, Puerto Rico se alistaba para celebrar el carnaval: "... desde el último de Reyes hasta el miércoles de las Cenizas".* Con la colaboración de indios amigos, se divertían bailando con castañuelas, los cuerpos pintados con bija (nombre científico: *Bixa orellana*) y disfrazados. Al parecer, se hacía un esfuerzo para recrear los modelos conocidos de la metrópoli. En este caso específico los españoles estaban unidos a algunos indios amigos en la celebración (Llórens Torres 1969: 400). Este signo aparente de permisividad no es una adaptación del Nuevo Mundo, sino un reflejo de cómo se celebraban los eventos en España, donde los negros conversos y los moros tomaban parte importante en las actividades.

Una evaluación muy diferente es presentada, en el caso de Cuba, por el etnólogo Fernando Ortiz, quien creyó que las tradiciones de carnaval conocidas en la España del siglo XVI no fueron transplantadas en Cuba de buenas a primeras, porque los españoles, que venían de todas partes de España, tenían diferentes tradiciones, de acuerdo con su región de origen. Todas estas formas diferentes de expresión festiva no conformaron una modalidad común de fiesta en la colonia. Así pues, la primera expresión más parecida al carnaval arraigada en Cuba, estaba asociada con las celebraciones eclesiásticas, similar a las danzas y mascaradas que los negros y los esclavos realizaban durante Corpus Christi y otras fiestas (Ortiz 1955: 250).

Era en ciertos días religiosos cuando se les permitía a los cabildos vestirse de acuerdo con la tradición "africana", y desfilan por los alrededores de la ciudad interpretando su música y danzas. Hacia el siglo diecinueve, muchos mulatos se desligarían de los cabildos y su distintivo social y actividades públicas religiosas en un esfuerzo por armonizar con la sociedad creole. En este período las comparsas llegaron a ser abiertamente difamadas y reducidas a ejemplos indeseados de salvajismo

*En español arcaico en el original (N. del T.)

africano.¹ En 1884, con la abolición de la esclavitud, los cabildos fueron prohibidos, y llegaron a ser más bien cofradías eclesiales o sociedades de ayuda mutua. En los años finales del gobierno colonial las presentaciones festivas callejeras consiguieron sobrevivir como *comparsas** de carnaval.

Estas *comparsas** deben verse como un evento total que incluye gran número de participantes enmascarados y disfrazados de acuerdo con un tema central, que algunas veces portan farolas*, tocan tambores y otros instrumentos de alta resonancia, bailan al unísono y cantan canciones y refranes escogidos, seguidos por coloridas carrozas alegóricas. El formato de estos eventos era discutido, diseñado y preparado por grupos de la comunidad que debían dedicar largas horas a ensayar con la esperanza de una competencia exitosa contra los otros grupos. La parte realmente

*En español en el original (N. del T.)

¹ Esto es lo que Nancy Pérez en su investigación sobre el carnaval de Santiago llama la "leyenda negra" del carnaval. La definición de la *comparsa* como un evento salvaje nació con el reconocimiento por la administración colonial de la población negra y mulata enmascarada como el enemigo en términos políticos y sociales. Los participantes enmascarados no sólo se movían y hacían bromas abiertamente a la élite durante el desfile, sino que también llevaban a cabo actividades subversivas en la confusión de los eventos (1981).

Manuel Palacios Estrada halló que durante la guerra de independencia, el carnaval cubano de Santiago sirvió como un espacio para la comunicación entre los rebeldes y sus aliados en la ciudad. Algunos revolucionarios serían tan atrevidos como

espontánea de los desfiles era la ardorosa participación del público, que debía bailar, cantar y aplaudir para corresponder a cada *comparsa*.

Durante los primeros años de gobierno republicano, las *comparsas** llegaron a ser controladas por el aparato del Estado, el cual proclamaba anualmente una política que determinaba qué grupos desfilaban, y las condiciones y cualidades de sus presentaciones; esto es, se manipula y reformula lo que previamente habían sido actividades de producción popular.² Las celebraciones callejeras existían yuxtapuestas a otras celebraciones con-

*En español en el original (N. del T.)

para asistir disfrazados, y presentar alusiones políticas y representaciones teatrales cortas. El gobierno de turno trataba de controlar la situación infiltrando agentes secretos de policía entre los enmascarados, y en 1868 prohibiendo aun el uso de máscaras en el carnaval (1987).

² Durante las primeras dos décadas de este siglo, y bajo el control político de los E.U., los cubanos prefirieron las *comparsas* y las carrozas que representaban el Lejano Oriente y lugares exóticos diferentes de Cuba misma o África. Hasta el punto de que en 1913, el gobierno municipal de La Habana prohibió el uso de instrumentos de origen africano y exigió el paso marcial en vez de las formas populares de las danzas rítmicas. Todo esto respondía a un esfuerzo racista concertado para *blanquear* las formas de expresión popular como imitación del gusto y los valores norteamericanos dominantes (Ortiz 1946: 140). Finalmente, en el carnaval de 1937, tras un largo período de prohibición, el evento fue "cubanizado", esta vez como un producto creado para la atracción turística. Al hacer esto, los cubanos mismos fueron otra vez lanzados a un modo de celebración que disfrutaban por completo en las *comparsas* callejeras.



El carnaval exige el juego entre sus participantes activos, aquellos que van disfrazados, y los pasivos, los que se animan como espectadores. (Las fotos de este artículo son cortesía de Gary Gutiérrez, Ponce, Puerto Rico).



La competencia confirma y fortalece la identidad de los grupos comunales.

centradas en los clubes sociales de pueblos y ciudades. Así pues, durante la primera mitad de este siglo, el carnaval a menudo remitía a eventos selectos reservados para el público en general, cuya única función era alinearse en las calles para observar el desfile de los miembros del club, sus reinas, y presenciar sus danzas. Se ponía gran énfasis en la transformación del rol del público en su condición pasiva de observadores, y se definía cualquier forma de respuesta del público como un acto de confusión o provocación. Aún después de 1959, cuando el carnaval llegó a ser relacionado con las celebraciones de la revolución, y fue llamado oficialmente *Carnaval de la Libertad**, los eventos apuntaron a la retención de elementos de origen popular³ y de élite (el club

social).⁴ En cuanto a festividad pública contemporánea, el carnaval “compite” con los eventos políticos de masa, los cuales utilizan frecuentemente los elementos del carnaval para administrar las conmemoraciones de regocijo de índole político.⁵

Quizás, esta evaluación sucinta de la transformación histórica del carnaval cubano, conduce hacia una explicación de por qué, en las naciones hispánicas del Caribe, las actividades de canto y danza no son vistas de muy buen grado como un elemento de identidad nacional. Los aspectos populares del carnaval tradicionalmente han sido evitados por las clases más altas, lo que ha dado por resultado el rechazo por los medios de información subordinados a las agencias gubernamentales, y los sectores medios emergentes.

*En español en el original (N. del T.

³ Por ejemplo, uno de los grupos participantes en 1961 era la *comparsa* “Las bolleras”, que se refiere a las mujeres de origen lucumí que, en las calles de La Habana colonial, cocinaban y vendían comida para los transeúntes. Esta *comparsa* había sido organizada por los vecinos de “Los Sitios” y ofrecía una colorida imaginación participativa en el resucitado carnaval de 1937 (Roig de Leuchsenring 1946). Aún antes de esto, durante el gobierno español, los ancestros de este grupo de vecinos habían integrado la *comparsa* de la nación Lucumí. Hacia 1961, “Las bolleras” tenían su propio local para ensayos y fiestas, donde cobraban un modesta entrada durante los ensayos de febrero y también vendían comidas y bebidas. Con este dinero y una pequeña partida de la municipalidad compraban los uniformes de baile y equipos, y hacían las *farolas* para los desfiles del carnaval (Alonso 1961).

Tres elementos se entremezclan repetidamente

⁴ Un reporte de 1966 sobre la situación del carnaval afirma que: “Los domingos, las carrozas motorizadas llevaban grupos de bailarines en el desfile por El Prado, siguiendo el carruaje de la reina del carnaval y de sus damas” (Rodríguez Herrera 1966: 26).

⁵ La Cuba postrevolucionaria tiene cinco fiestas nacionales, todas las cuales se definen en términos políticos. Estas son: enero 1º, aniversario del triunfo de la revolución; enero 2, celebración del día de la victoria; mayo 1º, día internacional del trabajo, julio 26, aniversario del ataque a Moncada; diciembre 7, aniversario de la muerte de Antonio Maceo. Hay también otras ocho conmemoraciones, todas las cuales se motivan en acontecimientos políticos o patrios (Di Perna 1977:12).

en la percepción que le resta importancia al carnaval. Primero, está la cuestión de gustos en cuanto que a las gentes les agraden o les desagraden los eventos de masas. Está también el asunto de la violencia callejera, fuertemente asociada con la profusión del consumo de bebidas alcohólicas durante las ocasiones festivas, y con un abandono general de las restricciones sociales aceptadas (Da Matta 1986; Gilmore 1977). Y, tercero, está también la idea de que los eventos locales del carnaval están asociados con las clases más bajas, más específicamente con los intereses y comportamientos de la población negra (Ortiz 1946; Pérez 1982).

En general, esta breve evaluación de todo el proceso también es verdadera para Puerto Rico y la República Dominicana. Con la diferencia de que, en el caso de la República Dominicana, desde hace poco, el carnaval ha sido revivido de forma efectiva como una atracción turística a nivel nacional e internacional, sin que importe la opinión de la élite. En el caso de Puerto Rico, el carnaval ha pasado virtualmente a ser un evento público del pasado.

CARACTERÍSTICAS DEL CARNAVAL

Las tradiciones públicas del carnaval en las islas caribeñas hispánicas se desarrollaron alrededor de dos conjuntos de componentes a través de los siglos dieciséis y diecinueve. Por un lado, algunas actividades fueron abiertamente reconocidas como pertenecientes a la población europea y blanca de clase alta. Estas eran actividades sociales cerradas que se efectuaban en el interior de los edificios administrativos, adonde eran invitadas únicamente aquellas personas asociadas con las autoridades coloniales. A menudo los clubes organizaban danzas privadas, competencias cerradas de disfraces alegóricos, y diversas formas de competencias públicas, originalmente a caballo, y más tarde en coches, carrozas, bicicletas y vehículos a motor, lo cual descartaba a aquella gente que no podía costearse tales propiedades. Por otro lado, algunas actividades del carnaval eran verdaderamente de naturaleza popular, y eran patrocinadas por otras clases de gentes que existían en las colonias españolas del Caribe: los mulatos, negros libertos y esclavos. Esta gente organizaba mascaradas que se tomaban las calles en gran número de fiestas religiosas escogidas como el Día de Reyes* (Epifanía), San Miguel*, San Juan*, y otros. El centro de tales ocasiones eran las comparsas que hasta ahora definen los carnavales. Las comparsas son eventos totales que

incluyen una procesión de máscaras y disfraces fantásticos, cantos y danzas callejeros en medio de música de tamboras, al tiempo que se llevan luces alegóricas, y algunas veces se incluyen carrozas. Pese a que el propio "espectáculo"* permite gran espontaneidad del público participante, la comparsa en sí tiene que ser planeada y ensayada interminablemente antes de la presentación.

La popularidad del carnaval, tal y como se realizaba en La Habana, reside en la distribución dual de varias formas de entretenimiento durante un período de tiempo prolongado. Así pues, los eventos empezaban el domingo antes del miércoles de ceniza y continuaban durante varios fines de semana, pasando por los días santos de ayuno, esto es, el jueves y el viernes santos. Cada fin de semana tenía un antiguo origen que lo justificaba y distinguía de los otros, y daba paso a variaciones en las formas de los eventos según se presentaran ya en las actividades para la élite o en las actividades para el público en general. El primer domingo era el *domingo de carnaval*; ** el segundo domingo: *domingo de la piñata*** (que representa abundancia); el tercero: *domingo de la vieja*** (que representa la cuaresma); y así el *domingo de figurín*** (o de Adonis); el *domingo de la sardina*** (que representa la muerte del carnaval); el *domingo de la pascua***, llamado en Cuba también el *domingo de apendicitis*** (domingo de resurrección o de pascua florida que marca el fin de la cuaresma y el fin de la prohibición de las carnes rojas.) Cada sábado la administración municipal y los clubes sociales organizaban competencias, tales como carreras de sacos, concursos de cocina o vara (engrasada) de premios, para grupos o individualmente, y fiestas privadas para los miembros y amigos. Todos los domingos por la tarde, las comparsas, exhibiendo sus danzas, farolas y carrozas, desfilaban por la ciudad (Milne 1965: 38-39; Ortiz 1955: 251-255).

Estos dos conjuntos de tradiciones locales a menudo se intersectan el uno con el otro. Por supuesto, la administración colonial (como lo harían más tarde los administradores republicanos) permitía o prohibía las actividades. En total, cada segmento social observaba, maravillada y regocijada, los eventos presentados por los otros. No hay ni una sola referencia en la literatura relevante en la que ambos segmentos sociales se hayan encontrado

*En el original: "happening", que lleva en sí el significado de 'espontáneo' que se repite en la frase. (N. del T.)

*En español en el original (N. del T.)

** En español en el original (N. del T.)

para unirse en la celebración del carnaval. Por el contrario, la sociedad hispánica caribeña está tajantemente dividida en clases altas y clases bajas, y cada una celebra su propia versión del carnaval. Los actos de celebración por un segmento de la población son observados a distancia por los otros. La intromisión de individuos de un segmento social en el círculo del otro segmento social provocaba comportamientos disociatorios, desaprobación y querellas. No obstante, si el intruso era un miembro de las clase alta que participaba en los eventos abiertos al público de la clase baja, el comportamiento era rechazado como un disparate juvenil, o quizás como una debilidad de carácter. Si, por otro lado, el intruso pertenecía a la clase baja, su presencia en las actividades de la selecta clase alta debía calificarse como una ofensa, o aun un crimen.

La oposición se hace evidente por regla en factores externos distintivos, tales como colores diferentes, tipo diferente en la forma de cuerno de las máscaras, la presencia o ausencia de componentes del disfraz, la existencia de una identificación religiosa de los participantes, entre otras cosas. Pese a que la presencia de grupos opositores es evidente en muchos otros eventos festivos, y no es un distintivo único de los eventos de carnaval, ciertamente parece resaltada por otras características del carnaval, tal como el anonimato personal detrás de las máscaras o entre la multitud.

En la República Dominicana, el uso de máscaras y los disfraces correspondientes de colores diferentes y opuestos distingue a dos barriadas de una comunidad. Esta diferenciación, establecida por tradición, es la razón para la contienda anual entre los grupos. A menudo esta contienda termina en heridas físicas, y algunas veces la muerte, como en el caso del enfrentamiento entre *los toros** y *los civiles** en Monte Cristo.⁶

Los diferentes tipos de actividades del carnaval producen recompensas de varias formas. Por ejemplo, un grupo de danza podía recibir una com-

*En español en el original (N. del T.)

⁶ En Monte Cristo, durante las tardes de la temporada del carnaval, grupos de aproximadamente 50 hombres se disfrazan de "toros". Visten un mameluco de dos colores, el cual es un mono de mangas largas holgado dividido del cuello a los pies de un color diferente en cada uno de sus lados; se ocultan detrás de una máscara que tiene la forma de un toro con dos cuernos sencillos en la frente, y llevan un látigo largo. Los "toros", al encontrarse con los "civiles", que no van disfrazados pero que también llevan látigos, establecen una pelea a latigazos. El grupo con el más alto número de bajas pierde y sus adversarios

piensación monetaria de las autoridades o algunas monedas del público en general, o un jinete podía ganar la pañoleta de cierta dama o el aplauso del público. Sin embargo, al final, la participación en comparsas, carreras de caballos, desfiles u otros eventos se podría medir más sensiblemente como un sentido de pertenencia o identidad, el disfrute por los individuos participantes o el reconocimiento público como un grupo diferente.

Entre uno u otro segmento social había una notable competición entre los individuos o entre grupos locales opositores. Algunas veces la oposición se refería a comparsas establecidas alrededor de diferentes líderes, o a diferentes calles o sectores de la ciudad, o entre la población urbana y la rural; en ocasiones la oposición era entre las autoridades y el pueblo. A pesar de la multiplicidad de clubes u otros grupos, la distinción básica era, en efecto, una estructura de clase. La oposición ritualizada servía para intensificar los conflictos existentes entre los grupos, y las clases, durante un corto período de tiempo, después de lo cual los miembros del grupo, y los miembros de la clase, retornaban a su condición de separación teniendo una vez más re-definido el sistema. Jugar el juego provee a los individuos de una repartición social distinta; él o ella pertenece o no pertenece a un grupo o a una clase. En palabras de David Gilmore: "Tales formas de conflicto atomístico, si se atienen a manifestaciones ritualizadas, tienen un efecto integrador mediante la ayuda a forjar la identidad de un grupo en medio de una comunidad de iguales sociales y mediante el incremento de las lealtades de clase" (1977: 346-7).

También se podría decir que los eventos de máscara sirven como una válvula de alivio emocional para las gentes que se sienten oprimidas por otros grupos en la estructura social. Ya en 1675, las autoridades coloniales en Cuba prohibían tales espectáculos competitivos, ya que los participantes disfrazados ridiculizaban aún a las más altas autoridades, esto es, el gobernador y el obispo (Ortiz 1955:255). Al final del gobierno español colonial en Puerto Rico, las cosas no habían cambiado. Por el contrario, tales expresiones de disfraces del descontento popular llegaron a ser formalizadas en un

regresan victoriosos al barrio (Lizardo Barinas 1973: 86-87).

La intención original de la pelea llamada "juego", era enlazar los cuernos de las máscaras con los látigos para de esta manera revelar la identidad del "toro". Como el juego ha evolucionado en una pelea peligrosa: "En algunas máscaras los cuernos han sido reemplazados por orejas y la abertura de los ojos han sido cubiertas por una malla metálica para proteger al toro de los golpes del látigo" (Del Castillo y García Arévalo 1987:48).

evento elaborado distintivo del *Día de San Pedro**. El escritor José A. Daubón recuerda que en ese día una procesión consistente en diversos personajes disfrazados visitaba a las autoridades y les leían una proclama, escrita en términos jocosos y de mofa, que convertía a la festividad en un evento popular y sin restricciones. Esta proclama era, en efecto, un desafío a las restricciones oficiales impuestas públicamente sobre la población la noche anterior a las festividades tales como San Pedro* (1904:98-107). Muy a menudo, en eventos de máscaras, la gente disfruta de la oportunidad de hacer cosas que no podría permitirse hacer de otra manera

cascarones de huevo⁷ o moldes de cera llenos de agua perfumada, se originaban entre los jinetes y el público que observaba desde los balcones de las casas de los ricos. No obstante, los desfiles en carruajes a menudo eran vistos por el pueblo, que miraba desde las calles, como un signo de pretensión. Así pues, los objetos lanzados a los jinetes eran algunas veces ofensivos. Huevos crudos o podridos, cascarones de huevo llenos de harina, y otras cosas indeseables, eran lanzados desafiadamente a los elegantes jinetes (Ortiz 1955: 256). El escritor portorriqueño Manuel Fernández Juncos afirmó que en 1879 *“ha rayado en locura el entusiasmo*



El despliegue de colorido y actividad garantiza el atractivo del desfile de carnaval.

diferente o podría hacer únicamente corriendo un riesgo muy grande. Estos ataques emocionales, comúnmente dirigidos al centro de la autoridad social, son una razón de por qué la clase alta, que, en efecto, es el centro de la autoridad social, rechaza las celebraciones populares de carnaval libres y anónimas.

La oposición de clase subyacente es un elemento constante en el análisis del carnaval. Siguiendo los actos de competencias, por regla protagonizados por hombres, las damas luciendo sus galas desfilan elegantemente por el pueblo, en lo general acompañadas por sus galanes. Los desfiles eran ya a caballo, como en el caso de Puerto Rico, o en carruajes, como en el caso de Cuba. En el mejor de todos los casos, alegres batallas de confeti, flores,

*En español en el original (N. del T.)

⁷ El escritor José A. Daubón recuerda que en San Juan, hacia 1893, “muchas cocinas” tenían un canasto donde se guardaban los cascarones de huevos vacíos a través de todo el año. Durante el carnaval y otras festividades se vendían “a buen precio” de acuerdo a si estaban llenos de harina, almidón en polvo, agua perfumada o *agua de tuna* (agua elaborada a partir del fruto del cactus, que da coloración roja). Los cascarones de huevo se llenaban a través de un pequeño orificio por uno de los extremos que luego de sellaba con cera. Los cascarones de huevo eran usados por la “aristocracia colonial”; todos los demás arrojaban el agua directo de una *dita* (recipiente hecho de un calabazo partido por la mitad) o una jeringa (1904: 57-58).

Arrojar agua en diferentes maneras a los transeúntes parece haber sido un juego popular en el día de san Andrés (noviembre 30) en las colonias españolas. César Nicolás Penson escribió un interesante relato del juego en Santo Domingo en 1894 (1978: 18-29). Distingue entre *jugar culto*, que era la manera de manejarse de los miembros de las familias tradicionales y de prestigio, que involucraba un negocio notable de producción de cascarones de huevo entre otras formas de crear un “diluvio artificial”, y el juego como lo jugaba *el vulgo*, que se centraba básicamente en una guerra de agua, completada con otras significativas diferencias de clase.

*En español en el original (N. del T.)

carnavalesco”* (1958:275) con gente de todas las clases sociales arrojándose agua y otros objetos los unos a los otros. Añade: “*Tiempo es ya... que vayamos corrigiendo esta viciada costumbre*”* (1958:176). Aparentemente, la costumbre, que se había originado como una válvula de escape por una división de clase estrictamente estructurada, se había llegado a convertir también en una válvula de escape de las restricciones sociales para las generaciones más *jóvenes y para personas de ambos sexos*. Durante el carnaval, y bajo la apariencia del juego de arrojar cosas, cada quien se aproximaba a sus opuestos de una manera incontinida considerada ofensiva por los más respetables miembros de la élite.

En el caso de Cuba, es obvio que los eventos de máscaras del siglo diecinueve sirvieron a los esfuerzos pro-independencia de los creoles repetidamente, por lo que las autoridades coloniales estaban enteramente paranoicas con respecto a su resurgimiento anual. Por lo menos, las bandas de enmascarados opuestas eran a menudo reconocidas públicamente como *azul** y *punzó** (rojo intenso, sin embargo la palabra es también una forma del verbo *punzar**, que significa clavar o picar). Naturalmente, en las batallas de burlas del carnaval, la banda azul representaba a los locales, y la banda roja a los españoles. Está también el asunto de molestar, mediante el uso de palabras incisivas en las canciones y refranes entonados durante los desfiles. Y, finalmente, se dan los reportes en relación con el movimiento real de las armas, los alimentos y la información por parte de comparsas* en favor de los revolucionarios de finales del siglo diecinueve y mitad del veinte. Durante el siglo diecinueve, más específicamente después del *Grito de Yara**, se dan muchas instancias en las que los administradores locales encuentran necesario prohibir las mascaradas anuales (Pérez 1981; Palacios 1989).

Irónicamente, eran también los administradores locales quienes a veces veían preciso promover las celebraciones de carnaval por razones políticas. En Cuba, después del ataque rebelde a Moncada en 1953, el gobierno de Batista hizo un esfuerzo concertado para efectuar las celebraciones de carnaval como una manera de mostrar una sociedad integrada efectiva y felizmente a despecho del trastorno político. Así pues, mientras muchas familias de Santiago estaban aún llorando a sus muertos, el gobierno estaba destinando generosas contribuciones en efectivo para promover su tra-

dicionalmente famoso carnaval. Este fue notablemente el caso en 1956 y 1957, cuando unas cuantas comparsas* fueron presionadas a desfilar según se esperaba, pero el público, temeroso tanto de las fuerzas del gobierno como de los rebeldes, no se acercó (Pérez 1981). En este caso el gobierno se sintió capaz de estructurar un evento público supuestamente espontáneo como “debería” ser, lo cual quiere decir que los oficiales habían pensado *muy bien en lo que les gustaba a los negros de clase baja* y trataron de reproducir esto como una demostración de satisfacción del público en general con el sistema.

Claramente ilustrativas de los componentes políticos de las comparsas* eran las letras de sus versos, que manifestaban las creencias populares, la ingenuidad y, en algunos casos, el descontento profundo. Las letras son cortos versos ingeniosos, fáciles de recordar. Usualmente concebidos en dos partes, una es cantada, y la otra parte es la respuesta del público. Otra vez, por momentos, estos versos pueden abiertamente usados por razones de control social. En el caso de los carnavales de Santiago de 1956 y 1957, algunas de las tonadillas eran aparentemente introducidas en las comparsas* del desfile por agentes del gobierno. Puesto que muchos de los originales rebeldes venían de familias blancas de clase media, el tema del racismo era recurrentemente usado por los provocadores en un esfuerzo para dividir la opinión popular. Algunas de las canciones tenían versos tales como “en la guerra de los blancos los negros no saben na”* y “*los blancos pa la loma y los negros pa la conga*”* (Pérez 1981:98). Como se puede ver, ambas tonadillas insistían en la segregación de la clase baja, considerada negra, de la participación política mediante el uso del racismo como un motivo.

CLUBES SOCIALES Y FIESTAS DE CARNAVAL

Fue hacia la mitad del siglo diecinueve cuando el carnaval asumió presencia diferente en las islas hispánicas del Caribe. Por ese entonces toda ciudad importante tenía clubes sociales que satisfacían las necesidades de segmentos selectos de la población. A través del año, estos clubes realizarían danzas y otras actividades sociales para sus miembros. Originalmente, estos clubes tenían miembros europeos, en ese entonces todos blancos, ya fueran miembros peninsulares o nacidos en las islas. Al final del siglo diecinueve algunos clubes presenta-

*En español en el original (N. del T.)

*En español en el original (N. del T.)

ban mulatos, afiliados por ocupación. Todos estos clubes realizaban diversiones asociadas con el carnaval. Se ofrecían danzas privadas, exclusivas sólo para los miembros y sus invitados; participaban en cabalgatas de disfraces o carreras de caballos, y presentaban comparsas* o carrozas en los desfiles. En parte, la importancia de pertenecer a un club determinado otorgaba un sentido de identidad, y definía la capacidad competitiva de un grupo socialmente representativo, ya que las conquistas logradas por una representación efectiva podrían repartirse en los miembros individuales. De esta manera, un club que representaba a individuos que de otro modo estarían por fuera de la arena social significativa podía obtener reconocimiento, y quizás fama, por la habilidad de su grupo para desempeñarse en los juegos o producir una comparsa excepcional en el carnaval. En cierto sentido, el control de los eventos del carnaval por los clubes, que, en su seno, tenían una política socialmente divisoria, era responsable de la transmisión del carnaval como un evento público.

Con el reconocimiento y el deseo de la población de la participación de los clubes sociales, la actividad pública festiva llegó a ser, por naturaleza, controlada y resuelta preferentemente por estos clubes. El resultado ha sido que las actividades festivas se trasladaran de las calles a las sedes de los clubes y a los salones de baile. La exposición pública festiva libre y fácil de seguir llegó a ser cuestión de algunas horas y en un estilo notablemente distante, tal como observar un desfile de carrozas, que llevaban a las reinas de cada club de la ciudad y corporación pública o comercial, pasar por la calle. Las actividades que durante siglos habían sido de creación popular, e invitaban a bailar y cantar como formas de manifestación popular, lentamente llegaron a ser privatizadas bajo el control de unidades corporadas llamadas clubes sociales.

El control de las festividades de carnaval por los clubes sociales es la característica más distintiva de los carnavales de este siglo en las islas hispánicas del Caribe. El proceso comenzó como una modalidad de celebración paralela a las actividades callejeras de la clase baja, que paulatinamente ganó importancia y finalmente desintegró el carnaval en baile de disfraces privado y otras actividades auspiciadas por un club.

El encuadramiento de las Fiestas por parte de los clubes representó un apretado calendario de bai-

*En español en el original (N. del T.)

les de máscaras y de etiqueta, que se multiplicaron en la medida en que cada una de las nuevas entidades sociales que se fueron sumando con el correr del siglo... aspiraba a que la reina participara con su corte, en por lo menos un evento a efectuarse en sus salones. (Del Castillo y García Arévalo 1987: 24-25).

La descripción de los carnavales de la República Dominicana testifica esto. En Santiago de los Caballeros desde el final del siglo había dos clubes sociales, ambos al servicio de la clase alta; éstos eran el "Centro de Recreo" y el "Club Santiago". Además, se creaban cada año varias asociaciones de miembros para organizar los eventos de carnaval, especialmente las mascaradas que debían pasearse por las calles con trajes elegantes, participar en las batallas de flores y confeti, y competir por premios en los salones de baile. Durante la temporada de carnaval de 1907, los clubes efectuaron 32 bailes de disfraces, dos bailes regulares, y dos bailes infantiles de disfraces. En 1908 el "Centro de Recreo" eligió una reina y los eventos del carnaval fueron diseñados en torno a una interpretación altamente protocolaria de las actividades a imitación de la nobleza europea. Esta interpretación del carnaval resultó de los frecuentes viajes y el contacto directo de miembros de la clase alta con los Estados Unidos y los países europeos. El pueblo no participaba en tales celebraciones de carnaval, si bien organizaba desfiles y mascaradas separados que llenaban las calles con su actividad, un hecho que era calificado por la clase alta y la prensa únicamente como aspectos vulgares e indeseables de las celebraciones carnes-toléndicas (Haché 1973: 94-96; 1974: 65-66).

Lo mismo pasaba en la ciudad capital de Santo Domingo. En el carnaval de 1910, por ejemplo, puesto que los organizadores no podían desprestigiar a ninguna de dos familias de clase alta en la competencia, finalmente resolvieron tener dos reinas, ambas hijas de ilustres familias. El evento completo llegó a ser una sucesión de actividades suntuosas para la élite, tales como bailes formales, juegos y competencias, que incluyó un paseo en barco por el río Ozama, al que asistió hasta el presidente (Del Castillo y García Arévalo 1987: 24; Matos Díaz 1985: 109-115).

Probablemente el más elaborado de todos los carnavales auspiciados por un club en Santo Domingo fue uno realizado en 1933. "Las autoridades ofrecieron todo tipo de facilidades para que el programa de festividades fuera coronado con éxito (Del Castillo y García Arévalo 1987:31). Y así fue

como el presidente del gobierno municipal ceremoniosamente entregó a la reina las llaves de la ciudad, después de una gran parada que incluía la guarnición de caballería del Ejército nacional, la banda de músicos del Ejército nacional, y otros grupos similares. Esto fue seguido por un “espléndido” baile. La reina fue coronada en medio de toda suerte de festividades y trato real. Y el 27 de febrero los eventos culminaron con un *Te Deum* en la catedral, una visita formal al presidente Trujillo y la primera dama, un desfile de la reina y toda su corte en la tarde, y un baile en la *Casa de España**. Al día siguiente, el presidente y la primera dama, que habían sido los grandes protectores del reino, asistieron a un almuerzo en la casa de la reina (1987:31-34).

Paralelas a las actividades de los clubes, las celebraciones callejeras se realizan en toda su capacidad. Por ejemplo, en el carnaval de 1933, durante los días 18, 19, 25, 26 y 27 de febrero, multitudes de *diablos cojuelos** se tomaron las calles de día y de noche; “en muchas casas... se hicieron bailes carnavalescos de familia”; “carros y carrozas adornados pasearon por la ciudad”; se organizaron juegos, carreras y otras competencias; todas las noches había conciertos en el Parque de Colón* y el Parque de la Independencia*; y “se quemaron espectaculares fuegos artificiales” (Del Castillo y García Arévalo 1987:34-35).

Aliados a la condición divisoria de los clubes, las administraciones gubernamentales reaccionaron en consonancia con esta variación. Las dos razones más importantes para esto es que los administradores mismos representaban la élite, así que a menudo tenían vínculos personales con ciertos clubes y sus miembros. El ejemplo más notorio en la República Dominicana es el año de 1955 cuando la hija de Trujillo llegó a ser la reina del carnaval y presidía el más suntuoso acontecimiento. Sin embargo, una segunda y, tal vez, más importante razón es que este nuevo concepto de carnaval, como un evento segmentado, era más manejable en una ciudad en crecimiento. Entre más grande la ciudad, más grande y más fragmentada la población. Como un resultado final, los administradores públicos tenían que reformular las políticas oficiales concernientes a los eventos culturales tales como las actividades de expansión y recreación de la sociedad. Lo hicieron, pues, de una manera basada en las divisiones inherentes a las estructuras sociales, económicas y geográficas de la sociedad, esto es, basada en la religión, las filiaciones políticas, la

vecindad, los intereses especiales como los deportes, la música, la apreciación del arte, entre muchas otras. Manejaron, de esta manera, la administración de la diversión pública en una escala menor.

En las sociedades democráticas, las divisiones sociales evidentes en esta reformulación de las actividades públicas de diversión residen fuertemente en los intereses económicos. Hay un elemento de elección en la adhesión individual a un evento. Por ejemplo, en un estudio del carnaval de Santiago de los Caballeros en 1967, Nancie L. González encuentra que los dominicanos ricos asistirían entusiastamente a cuatro o cinco eventos donde se exigiera un disfraz. Cada disfraz representaba una inversión de US\$50 a US\$100 (1970:332). Obviamente, la gente con bajos ingresos no podía participar aunque tales actividades fueran consideradas abiertas para el público en general. El mismo sistema se aplica a otros aspectos del carnaval, tales como la elección de la reina:

Una reina del carnaval es elegida por votación cada año, supuestamente para representar a la ciudad. Sin embargo, el club social más importante de la ciudad patrocina la elección, y las candidatas, aunque hayan sido elegidas por votación pública, son todas hijas de los miembros del club. En efecto, este procedimiento asegura que una representante de los sectores de la clase alta será la reina del carnaval. Los gastos para vestir a la reina, que corren por cuenta de su familia, es un factor adicional que limita las candidatas a los sectores más ricos, por supuesto (González 1970:332-333).

La extensión de las actividades de carnaval sobrevivientes entre los miembros de la clase baja en la ciudad son de igual modo condicionadas por factores económicos. Los hombres de clase baja vecinos de la ciudad participan preferentemente con el disfraz de carnaval típico dominicano llamado los *lechones** o *diablos cojuelos**. Van vestidos con un mono de manga larga de dos colores, cada uno al lado opuesto del cuerpo desde el cuello hasta los pies, que los mismos hombres hacen. Se ponen una máscara zoomorfa de cartón y llevan un palo con una vejiga seca de animal con el que golpean al pasar con intención de asustar a los niños pequeños. El propósito es pasear por las calles en grupos, burlándose de los observadores y pidiendo al público y a los dueños de tiendas dinero

*En español en el original (N. del T.)

*En español en el original (N. del T.)

o ron.⁸ Algunas veces van acompañados por otros hombres que interpretan instrumentos de percusión, como la *tambora** o el *güiro**.

También es resultado de los intereses económicos, y de la ingenuidad, de individuos miembros de la clase baja, la creación de un producto artístico y comercial relacionado con el carnaval. Esto es, la comercialización de las máscaras zoomorfas de cartón que son ofrecidas en las calles durante el carnaval, pero que se venden también como suvenires en los centros turísticos comerciales y del gobierno.⁹ No obstante, quizás, el interés por estas máscaras es también el resultado del valor que la clase de los artistas y conocedores le han otorgado. Las máscaras de la más alta calidad son vistas como obras de arte. Los mejores artesanos compiten en un concurso anual organizado por un museo durante la temporada de carnaval.

Las creaciones eran compradas prontamente a buenos precios por miembros de la clase alta y público extranjero, o eran incluidas en la colección permanente del museo. Los premios, donados por hombres de negocios o industriales, oscilaban desde \$75 para el primer puesto a \$25 para una mención de honor (González 1979:337).

La percepción de un objeto de creación popular como una obra de arte presenta muchos problemas.

*En español en el original (N. del T.)

⁸ En el carnaval de 1968, Nancie L. González encontró que todos los *Lechones* tenían una pequeña etiqueta con un número cosida a sus disfraces. Este número correspondía a un registro que se obtiene en la estación local de policía. "La policía y otros informantes han planteado que el registro se estableció porque individuos disfrazados podían cometer crímenes y su identidad jamás se podría conocer" (336). Supuestamente, los lechones sin número estaban sujetos a arresto. Por otro lado, tener un nú-

Por una parte, la obra de arte es a menudo creada como una pieza artística, o sea que es refinada para que cumpla los requisitos de competencia, y no porque "sus usos estuviesen ligados con la vida social" (Flores 1986: 257) como lo están las máscaras que se utilizan en las actividades callejeras. Asimismo, el valor económico de los premios no tiene comparación con el valor del objeto como una pieza de arte; sin embargo, la asignación de un premio transforma el valor social y económico de los objetos de creación popular producidos por el creador re-
compensado. La obra de arte es, entonces, validada



Todo carnaval oscila entre la representación de la belleza, lo sublime...

por una autoridad diferente de quien la produce. Esta autoridad externa gana poder sobre el producto simplemente porque le impone un nuevo código de validez que elimina la autoridad fundamental de validación conferida por la experiencia; o sea, el uso del objeto como parte de la vida social del productor. Ulteriores argumentos se pueden desarrollar en torno a este problema: la realidad definitiva es que la máscara como una obra de arte no es en efecto una máscara en su sentido práctico, sino que ha sido transformada en un producto comercial (Flores 1986; García Canclini 1977).

La percepción común y corriente de los objetos del carnaval como creaciones de arte popular, validados por las estruc-

turas formales culturales de la sociedad, es evidente en la inclusión de tales objetos en exposiciones y

mero de registro protegía a los *lechones* de acusaciones falsas. Es interesante notar que la gente que se disfrazaba de otros motivos, que generalmente pertenecían a las clases altas, no tenían que registrarse. Así pues, parece "que las clases bajas, aunque se disfracen, son en última instancia identificables" (337).

*En español en el original (N. del T.)

⁹ La máscara como una mercancía existía ya a mediados del siglo diecinueve. José A. Daubón menciona que cuando era más joven prefería pintarse la cara, ya que: "Las caretas baratas de cartón que vendía Benito Monge eran insoportables por el calor que producían..." (1904: 46).

colecciones privadas y de museos. En septiembre de 1978 el *Museo del Hombre Dominicano** en Santo Domingo hizo una exhibición de máscaras de carnaval que incluía 79 máscaras de diferentes pueblos y regiones de la República Dominicana y 10 de Puerto Rico. En 1986, fueron presentadas fotografías, máscaras de dos regiones de la República Dominicana y pinturas de artistas dominicanos en el *Museo de Arte de los Pueblos Orientales* de Moscú, lo que fue visto como una exposición fuera de lo común. Estos son sólo dos ejemplos entre muchos otros.

Todas estas actividades, tanto en centros de cultura y arte locales como internacionales, sirven como un medio de re-evaluación y de preservación de la parafernalia distintiva del carnaval. En cierto sentido, los eventos y objetos que correspondían a las vivas y vibrantes actividades del carnaval son poco a poco trasladadas al interior de los museos en cuanto que llegaron a ser el material evidente de una realidad social del pasado, y son entonces tratadas como objetos de arte.

ALGUNOS COMENTARIOS FINALES SOBRE EL CARNAVAL

El carnaval como un evento social ha pasado por varios cambios notables a través de los siglos. El evento original transplantado a las islas del Caribe fue transformado desde su llegada al confrontar los requisitos de un nuevo ambiente; así pues, aunque los elementos del carnaval pueden ser trazados por las formas europeas, no pueden considerarse iguales, sino que deben ser vistos como una adaptación particular. Existe asimismo la cuestión de la incorporación de los elementos indígenas y africanos en las formas expresivas.

Los carnavales de la República Dominicana han integrado efectivamente la presencia de los indios taínos en sus comparsas. José del Castillo y Manuel García Arévalo en su libro *Carnaval en Santo Domingo* describen las comparsas de bandas de indios como una representación muy popular y frecuente.

Uno de los rasgos que hace más interesante a esta comparsa, consiste en el montaje de algunos dramas históricos, basados en episodios de la conquista de la Isla por parte de los españoles y en la resistencia que opusieron los indios a este proceso. Una de las más populares teatralizaciones es la que presenta la captura del cacique

Caonabo...por parte del temerario Alonso de Ojeda. (Del Castillo y García Arévalo 1987:52).

Una formación similar es documentada por Aretz y Ramón y Rivera en 1963 (p. 179) y también incluida en el libro *Almanaque folklórico dominicano* (Domínguez, Castillo y Tejeda 1978: 31, 37). En este caso, los autores revisan la celebración del día de la independencia y el carnaval, que coinciden en la República Dominicana, según la observaron en el pueblo de San Pedro de Macorís. Una representación popular consiste en dos grupos de indios opuestos que utilizan adornos de plumas y llevan arcos y flechas que emplean en simulacros de batallas los unos contra los otros.

En cierto sentido, es sorprendente ver cómo la presencia de los indios desaparecidos hace siglos por el proceso de la conquista española, ha llegado a ser en los pasados treinta años más o menos parte de la memoria colectiva de los habitantes de las naciones hispánicas del Caribe. En parte, creo que esto es el resultado del trabajo de investigación de los historiadores y arqueólogos, que ha influido en los sistemas educativos y las agencias del gobierno.

La condición contemporánea del carnaval en las naciones hispánicas del Caribe presenta una serie de eventos que se desintegran lentamente en otras formas de creatividad y participación públicas. Los resultados de los "nuevos" arreglos asignados por el azar a la temporada del carnaval tienen que ser vistos en el contexto específico de cada país.

En Cuba, el gobierno ha rescatado las actividades del carnaval como parte de un diseño político específico. Las celebraciones patrias coinciden con las actividades del carnaval. Así pues, cada una de las actividades ha beneficiado a las otra, en el sentido de que las actividades políticas han llegado a ser parte de la diversión relacionada con el carnaval, que incorpora desfiles con comparsas de enmascarados. Asimismo, se puede decir que los elementos del carnaval han adquirido nuevo significado, pero que también se ha beneficiado de la capacidad del gobierno para movilizar a multitud de gentes a la plaza pública.

En la República Dominicana, donde hay una marcada distinción de clase en la manera de celebrar el carnaval, se da también una coincidencia en las fechas del calendario, ya que el carnaval finaliza en el día de la independencia. Justificadamente, la alegre celebración del carnaval tiene un fuerte significado para los dominicanos, que no sólo se toman

*En español en el original (N. del T.)

las calles de sus pueblos y ciudades, sino que también envían una representación de la configuración del carnaval típico de cada localidad a Santo Domingo para una gran final. Los modos "tradicionales" de celebración, es decir, las formas desarrolladas a través de la primera mitad de este siglo, sobreviven pese al impacto de los intereses elitistas, en la forma de formaciones sectarias específicas, y la comercialización, que ha producido variaciones notables en los aspectos externos del evento total.

En Puerto Rico, el carnaval ha sido visto desde el principio del siglo diecinueve como una cosa del pasado. Su existencia es definitivamente una construcción social de la élite, y, en efecto, concierne únicamente a la élite. Solamente en la ciudad sureña de Ponce, el carnaval conserva su configuración popular. Durante el mes de febrero los típicos *vejigantes** y otros participantes enmascarados y *comparsas** salen a las calles para escenificar la tradicional, y aun modernizada, batalla. No obstante, el carnaval se ha tornado poco a poco en un desfile de carrozas motorizadas que representan a entidades públicas y comerciales de procedencia local, nacional, y hasta internacional. A partir de 1970 este evento es organizado por un comité elegido por la municipalidad, que ha dado vía a la burocratización de todo el evento.

*En español en el original (N. del T)

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Alegría, José S.
 1938 "Carnaval". *Crónicas frívolas*. San Juan: Imprenta Romero. 65-7.
 1938 "Fiesta de Reyes". *Crónicas frívolas*. San Juan: Imprenta Romero. 115-8.
- Alonso Dora
 1961 "La comparsa en sus cuarteles." *La Habana: Bohemia*: February 19, 53:8:4- febrero 6, 113.
- Bachtin, Mikhail
 1974 *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Barcelona: Barral. (1968).
- Burke, Peter.
 1983 *Popular Culture in Early Modern Europe*. New York: Harper and Row. (1978).
- Caro Baroja, Julio.
 1986 *El carnaval. Análisis histórico-cultural*. Madrid: Taurus. (1965).
- Da Matta, Roberto.
 1986 "Carnaval as a Cultural Problem: Towards a Theory of Formal Events and Their Magic". Kellogg Institute, Working Paper No. 79.
- Daubón, José A.
 1904 "El día de Santiago." *Cosas de Puerto Rico*. San Juan: La Correspondencia. 1904:43-55 (1983).
 1904 a "Un carnaval en Ballajá." *Cosas de Puerto Rico*. San Juan: *La Correspondencia*. 1904:56-67 (1983).
 1904 b "Un baile de máscaras." *Cosas de Puerto Rico*. San Juan: *La Correspondencia*. 1904:68-82 (1983).
 1904 c "El día de San Juan." *Cosas de Puerto Rico*. San Juan: *La Correspondencia*. 1904:83-97 (1983).



...y lo grotesco, burlón.

- 1904 d "San Pedro." *Cosas de Puerto Rico*. San Juan: La Correspondencia. 1904:98-107 (1983).
- 1905 "Las fiestas de Cruz." *Cosas de Puerto Rico*. San Juan: *Boletín Mercantil*. 60-4.
- Del Castillo, José y Manuel García Arévalo.
1987 *Carnaval en Santo Domingo*. Santo Domingo: Amigo del Hogar
- Di Perna, Paula.
1979 *The complete travel Guide to Cuba*. N.Y.: St. Martin's.
- Domínguez, Iván, José Castillo y Dagoberto Tejeda.
1978 *Almanaque folklórico dominicano*. Santo Domingo: Museo del Hombre Dominicano.
- Fernández Juncos, Manuel.
1958 "Las fiestas de Cruz." *Galería Puertorriqueña*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña. 221-8 (1878).
"Las fiestas." *Galería Puertorriqueña*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña. 271-4. (1878).
"El juego del Carnaval." *Galería Puertorriqueña*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña. 275-7. (1878).
- Flores, Toni.
1986 "Art, Folklore, Bureaucracy and ideology". *Dialectical Anthropologist*: 10:3-4:246-264.
- García Canclini, Néstor.
1977 *Arte popular y sociedad en América Latina*. México: Grijalbo.
1982 *Las culturas populares en el capitalismo*. México: Nueva Imagen.
1987 "Cultura y política. Nuevos escenarios para América Latina." Caracas: *Nueva Sociedad*: 92:116-130.
- Gilmore, David.
1977 "Carnaval in Fuenmayor: Class conflict and social cohesion in an Andalusian Town". *Journal of Anthropological Research*: XXX:331-349.
- González, Nancie L.
1970 "Social functions of carnival in a Dominican City." *Southwestern Journal of Anthropology*: 26:328-42.
- Haché, Katingo
1973 "La vida social en Santiago en los años 1906, 1907 y 1908." Santiago de los Caballeros: *Eme Eme*: 1:6:86-123.
1974 "La vida social en Santiago en los años 1909, 1910 y 1991." Santiago de los Caballeros: *Eme Eme*: 2:10:63-104.
- Lizardo Barinas, Fradique.
1973 "Tres aspectos de los "Diablos Cojuelos" en Santo Domingo." Santo Domingo: *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*: Oct.: 85-91.
- Llorens Torres, Luis.
1969 "Carnavales de Puerto Rico." *Obras completas. Artículos de Revistas y Periódicos*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña. Vol. III: 400-1.
- Matos Diaz, Eduardo.
1985 *Santo Domingo de ayer, ida, costumbres y acontecimientos*. Santo Domingo: Taller.
- Milne, Jean.
1965 *Fiesta Time in Latin America*. Los Angeles: Ward Ritchie.
- Ortiz, Fernando.
1920 "La fiesta afro-cubana del 'Día de Reyes'." La Habana: *Bimestre Cubana*: 15-:5-26.
1954 "Los 'diablitos' negros de Puerto Rico." *La fiesta de Santiago Apóstol en Loaiza Aldea*. Ricardo Alegria. Madrid: Artes Gráficas. XIII-XX.
1955 "Los viejos carnavales habaneros." La Habana: *Bimestre Cubana*: LXX:249-274.
1975 *Los negros esclavos*. La Habana: Ciencias Sociales. (1916).
1981 *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*. La Habana: Letras Cubanas. 1951.
- Ortiz, Fernando, Ramón Vasconcelos y otros.
1940-6 "Las comparsas populares del carnaval habanero." La Habana: Estudios Afrocubanos: 5:129-147.
- Palacios Estrada, Manuel.
1987 "El carnaval santiaguero durante la Guerra de los Diez Años." Santiago, *Del Caribe*: III:10:92-94.
- Pérez, Nancy.
1981 "¿Fueron celebrados los carnavales santiagueros en 1957?". Santiago, Santiago: 43:69-105.
- Rodríguez Herrera, Mariano.
1966 "Carnaval". La Habana: *Revolution and Culture*: 5:26-31.
- Vidal, Teodoro.
1983 *Las caretas de cartón del carnaval de Ponce*. San Juan: Alba.